



Algunas reflexiones finales. Encontrarnos en nuestra diversidad

Leonardo Garnier Rímolo

Ministro de Educación Pública (años 2006-2010/2010-2014)

Cuando hablamos de algo que va “...de Heredia y Talamanca para el mundo” estamos hablando de identidad, no de la sencilla y lineal que a veces parece predominar en las esferas más mercantiles de la vida, donde parece venir dada por la creciente adscripción a los mismos patrones de consumo en todo el mundo –digo patrones, no que todo el mundo consume lo mismo– sino a esa identidad más compleja, esa que al mismo tiempo nos identifica y nos diferencia de los demás, esa que se nutre de una gran cantidad de determinaciones que arrastramos de nuestra historia o, tal vez más exactamente, de nuestras historias individuales y colectivas, y que confluye –lógicamente– en la continua construcción de esas historias.

Como lo hemos dicho antes y como lo han dicho otros, no somos más que la síntesis de múltiples determinaciones, somos unidad de lo diverso: es esa paradoja unidad de la diversidad la que hace tan interesante al ser humano, la que hace su vida tan rica y, al mismo tiempo, tan contradictoria y paradójica.

Al decir “de Heredia y Talamanca para el mundo” se juntan espacios y tiempos, se mezclan procesos que no siempre tenemos

claros, que no siempre explicitamos, que no siempre recordamos, que no siempre entendemos como parte de nuestra identidad actual. Se vinculan en esa frase tanto el pasado como el presente, cercano y lejano en el tiempo y el espacio y, claro, se vinculan ambos –pasado y presente– con una inevitable aspiración de futuro, esa inevitable aspiración de trascendencia de los animalitos humanos, que no logran contentarse con el aquí y el ahora, sino que necesitan hurgar en sus raíces... y, más que eso, necesitan sentir que tienen un futuro, que el sentido del presente no surge solo del aquí y el ahora –ni del ayer– sino que está marcado también por lo que logremos construir como mañana. Así, aspiramos a ser del futuro; uno que está por construirse, precisamente a partir de lo que somos y hemos sido; y de las relaciones personales y sociales que hayamos establecido en el camino.

Estas reflexiones, tal vez nos resulten familiares a quienes hemos pasado, ya por una buena parte de nuestro presente y nos hemos acostumbrado a pensar en lejanos pasados y futuros estratégicos; pero podrían resultar extrañas a la gente más joven. Para ellos y ellas, el pasado es tan reciente y el futuro tan cercano que forman parte inseparable de su presente. Eso tiene un elemento positivo que a veces subestimamos, y es que las personas jóvenes de hoy –como las de siempre– siguen viviendo intensamente su presente y tienen sus sueños y sus utopías. Tal vez su visión del pasado es muy corta y algo de memoria histórica bien podría enriquecer su perspectiva. Pero su ansia de futuro es tan fuerte y está tan amarrada a su presente, que nos permite –casi que nos obliga– a ser optimista: las personas jóvenes de hoy, ciertamente se sienten del futuro y les preocupa intensamente ese futuro.

En términos de identidad, los y las jóvenes de hoy enfrentan un reto todavía más complejo que el de las generaciones anteriores: por un lado, se sienten parte del mundo, ciudadanos y ciudadanas de él, artífices de su construcción. La globalización y la revolución tecnológica, que han acercado el futuro al presente, también han acercado a los y las jóvenes del mundo al hacerles sentir que su identidad es, precisamente, esa: son jóvenes del mundo y tienen mucho en común con todas las demás personas.

Esta no es una sensación completamente nueva. La juventud del 68 sintió algo parecido en aquellos años en los que ser joven en París, en México,

en San Francisco o en China tenía también un elemento común. Hoy, esa sensación es mucho más consustancial, pues la cercanía es casi inmediata. Y eso es positivo.

Es positivo –califico– si al mismo tiempo logramos que esa identidad global y esa visión de futuro se nutra y combine con esa gran riqueza de determinaciones que forman el bagaje de cada muchacha, de cada muchacho y que pueden contribuir a la construcción de una verdadera identidad en la que se resuelva la contradicción entre ser del barrio y ser del mundo, entre ser personas nativas digitales y ser también herederas de la carreta, entre mejenguear en la cancha del cole y seguir al Barca o al Bayern por cable, entre bailar con el Son de Tikizia o con los ritmos electrónicos de David Guetta, entre emocionarse leyendo a Debravo o dejarse atrapar por Calle Trece o Tacvba.

Finalmente, si logramos entender y sentir nuestras raíces, las más profundas raíces, y es a partir de ellas que crecemos y nos ensanchamos hasta ser capaces de apropiarnos del mundo... evitaremos ese globalismo burdo que trivializa y mercantiliza todo, y que –como ayer– nos ofrece espejitos o espejismos a cambio de nuestra primogenitura.

Cuando una muchacha del Valle Central, de Coto o de Upala baila hip-hop, no se siente mal bailando algo extraño, algo ajeno y enajenante: se siente bailando su música, una que disfruta como propia y que la identifica con muchas otras personas jóvenes, de distintas regiones del país, también, con la juventud del mundo. Pero tampoco, se sienten mal nuestras personas jóvenes cuando bailan el Punto Guanacasteco, cantan Luna Liberiana o se mueven al ritmo del swing criollo. Para ellas, lo propio y lo ajeno –lo de aquí y lo de allá– está dejando de ser una dicotomía para convertirse en un proceso creativo de construcción de identidad, de su identidad joven, que es –como dijimos– la síntesis de múltiples determinaciones y, por tanto, unidad de lo diverso.

Esto es así en la medida en que se va haciendo cada vez más evidente algo que nunca debió dejar de serlo: la identidad de los seres humanos nunca es unívoca, ni reduce a una única y simple determinación, a una sola afiliación, a una sola pertenencia y una única lealtad... como tantas veces lo han querido los absolutismos de todo tipo y de todo signo, sean

políticos, religiosos o simplemente absolutismos. La identidad humana –tal vez lo más específico que caracteriza al ser humano– es más bien, y precisamente, lo contrario de esa caricatura monotemática y simple. La identidad humana solo puede ser esa inevitable síntesis de múltiples determinaciones, fruto dialéctico de todas las variables que, de muy diversas formas, van constituyendo la identidad de cada uno de nosotros y una de nosotras y –claro– de cada uno de los grupos de los que formamos parte o con los que nos identificamos.

Creo que el tema de fondo en todas estas discusiones es el mismo de cualquier proceso educativo: la identidad o, más exactamente, los procesos individuales y sociales de construcción de nuestra identidad. Hoy, ser del mundo, ser realmente del mundo, tiene un requisito, ser también –y ser muy conscientemente– del terruño. Quien solo se quede en el terruño, quedará en el pasado. Quien pierda el terruño, quien pierda la memoria no tendrá ni pasado ni futuro. No tendrá identidad.

A veces –sobre todo por parte de las personas adultas o de los sectores más conservadores– esto tiende a leerse de una forma que me parece equivocada. Se sobrevalora el pasado, se glorifica y se reinventa como un pasado glorioso que en realidad nunca existió, se le atribuyen valores que, nos dicen, se han perdido (valores que un buen historiador difícilmente encontrarían en ese pasado) y, por tanto, se sospecha de todo lo que el presente y el futuro nos traen. Sospecha de las personas jóvenes, de la cultura, y de la energía joven... y, claro, del cuestionamiento que –como debe ser– las personas jóvenes hacen del pasado.

Otras veces sucede lo contrario. Se glorifica lo nuevo, lo global, lo post... en fin, lo ajeno. Se menosprecian las raíces, se chotea la propia cultura, la vieja identidad y se rechaza –por supuesto– lo que podría más bien entenderse como la sabiduría de los viejos. Son dos caricaturas, absurdas ambas.

¿A qué viene todo esto? A que buscamos identidad. Es más, buscamos Identidad, así, con mayúscula: una reconocida por todos. Pero no es algo que se tiene desde siempre y para siempre y que solo necesitamos reencontrar. Es, más bien, algo que se va construyendo en interacción con los otros a lo largo de nuestra vida.

En un pequeño pero iluminador librito llamado, precisamente, *En nombre de la Identidad*, Amin Maalouf –libanés, cristiano, francés, escritor– nos dice que, por separado, cada una de nuestras afiliaciones nos une y nos identifica con todos los que la comparten: ser libanés –dice– me une e identifica con los libaneses; ser cristiano, con todos los cristianos; ser francés con los franceses; escritor con los escritores... Pero, tomados en conjunto, la suma de esos lazos nos diferencia de todos y nos identifica como algo único. Somos la síntesis viva y en permanente construcción de todas nuestras afiliaciones o, como dijimos al inicio, somos la síntesis de múltiples determinaciones y, por tanto, unidad de lo diverso.

Es esa diversidad la que nos hace plenamente humanos o, dicho de otra forma, esa diversidad es, precisamente, lo que tenemos en común con todos los seres humanos. Ser humano es, ni más ni menos, ser –y saberse– diverso, ser –y saberse– síntesis de una gran cantidad de determinaciones en las que nuestra individualidad solamente existe como punto de encuentro de toda la riqueza que nutre nuestra propia historia personal.

No quiero, por supuesto, sonar ingenuo en este punto. Digo que hoy esa posibilidad existe con más fuerza que en ningún otro momento de la historia. Hoy, el otro está más cerca. Puedo verlo, oírlo, tocarlo... puedo tratar de entenderlo y, sobre todo, puedo tratar de sentirlo, de hacer míos sus saberes y sentires, expandiendo así nuestra identidad y nuestra cultura. Pero que hoy exista esta posibilidad no significa que el proceso esté exento de riesgos. El ser humano es dado a las caricaturas y, en este proceso, como dije, fácilmente podemos caer en ellas... y perder la oportunidad de construir, a partir de la interculturalidad, una identidad más rica y más profunda para cada uno de nosotros y cada una de nosotras y, por tanto, para todas las personas.

Enfrentamos dos riesgos típicos que pueden dar al traste con esta oportunidad. Uno, el riesgo de rechazar lo ajeno por ajeno, por raro, por extraño, por sospechoso... en fin, por malo. Es la reacción típica de toda xenofobia y fácilmente conduce a la sobrevaloración chauvinista de lo que se considera propio (sin darse cuenta de que, inevitablemente, mucho de eso que hoy sentimos propio, alguna vez fue, también, ajeno... pero lo supimos conocer, aceptar, asumir... hacer nuestro). Otro, el riesgo del esnobismo, que frente

a lo aparentemente nuevo, misterioso, mágico, sofisticado de lo que viene de fuera, de lo que hasta hoy nos resulta desconocido y ajeno... se rinden y rinden pleitesía, haciendo lo imposible por asumir –copiar– la identidad del otro; y renegando por si acaso de cualquier raíz o vínculo con lo que hasta entonces era su identidad, su historia, su cultura, su comunidad... en lugar de xenofobia, surge esa actitud tan típica de menosprecio a todo lo que nos recuerde que, también –y fundamentalmente– somos de aquí.

No son riesgos pequeños, porque un cierto resabio tribal prevalece aún entre nosotros y nosotras y hace que, en cada situación, nos identifiquemos más intensamente con aquella afiliación. Las personas jóvenes están en una posición inmejorable para superar esas caricaturas, y están obligadas a ellas si de verdad quieren apropiarse de su futuro, del suyo... y no simplemente de lo que les vendan por futuro. De ahí el reto fundamental de la educación.

La educación debe convertirse en la herramienta fundamental para permitirle a cada joven transitar a su manera –pero con todo el apoyo necesario– por ese maravilloso proceso de construcción de su propia identidad, un camino que nunca debe entenderse en forma reduccionista, chauvinista, esnobista ni como instrumento dicotómico: construir nuestra identidad es una tarea individual y colectiva, es una aventura en la que, interactuando intensamente con las demás personas –con los otros– nos vamos haciendo nosotros mismos y nosotras mismas: peculiares, sí, pero también uno más de ese conglomerado humano.

De Heredia a Talamanca y de Talamanca al mundo... y de vuelta. Cada una de nuestras determinaciones –y cuantas más logremos asimilar, mejor– nos permitirá identificarnos con distintos grupos humanos, con distintas personas a lo largo del tiempo y del espacio. Pero el conjunto de nuestras determinaciones, la síntesis de toda esa diversidad que nos va formando a lo largo de la vida, esa síntesis de las múltiples determinaciones... constituye la unidad de lo diverso que, al mismo tiempo, nos identifica como integrantes del colectivo humano, pero como uno de sus irrepetibles y únicos componentes.

Eso somos y es ahí donde debemos encontrarnos: en nuestra diversidad. Así debemos tratar de entendernos y apreciarnos, junto a cada uno de nuestros otros.